

Globalizarnos o defender la identidad

¿Cómo salir de esta opción?

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI

Las tensiones entre globalización e interculturalidad pueden ser concebidas como una relación entre épica y melodrama. La globalización, que exagera la competencia internacional y desestructura la producción cultural endógena, favorece la expansión de industrias culturales con capacidad a la vez de homogeneizar y atender en forma articulada las diversidades sectoriales y regionales. El horizonte social se reduce, para explicarlo quizá sea útil salir de la frecuente oposición entre lo global y lo local. Quizá la disyuntiva principal no sea defender la identidad o globalizarnos. El proceso actual no conduce a la revisión de cuestiones identitarias aisladas, sino a encarar con más realismo la heterogeneidad, la diferencia y la desigualdad.

Cuando escuchamos las distintas voces que hablan de globalización, se presentan «paradojas». Al mismo tiempo que se la concibe como expansión de los mercados y por tanto de la potencialidad económica de las sociedades, la globalización estrecha la capacidad de acción de los Estados nacionales, los partidos, los sindicatos y en general los actores políticos clásicos. Produce mayor intercambio transnacional y deja tambaleando las certezas que daba el pertenecer a una nación. Aumenta el bienestar al diversificar el consumo, pero engendra inestabilidad en el trabajo y perturbaciones subjetivas. Se ha escrito profusamente sobre la crisis de la política por la corrupción y pérdida de credibilidad de los partidos, su reemplazo por los medios de comunicación y por los tecnócratas. Quiero destacar que, además, transferir las instancias de decisión de la *política* nacional a una difusa *economía* tras-

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI: profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.

Nota: Este texto forma parte del libro de Néstor García Canclini, *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós, en prensa.

Palabras clave: consumos culturales, globalización, identidad cultural, integración. □

nacional está contribuyendo a reducir los gobiernos nacionales a administradores de decisiones ajenas, lleva a atrofiar su imaginación socioeconómica y a olvidar las políticas planificadoras de largo plazo. Este vaciamiento simbólico y material de los proyectos nacionales desalienta el interés por participar en la vida pública. Apenas se logra reactivarlo en periodos preelectorales mediante técnicas de *marketing*.

La cercanía con el poder en los regímenes democráticos de escala nacional se conseguía mediante interacciones entre organismos locales, regionales y nacionales. Las formas de representación entre los tres niveles no siempre fueron fieles ni transparentes, ni con adecuada rendición de cuentas de los organismos nacionales a los ciudadanos. Pero los simulacros y las traiciones eran más fáciles de identificar que en las relaciones lejanas existentes hoy entre ciudadanos y entidades supranacionales. Las encuestas hechas entre las poblaciones involucradas en la Unión Europea (UE), el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Tlcan) y el Mercosur revelan que la enorme mayoría no entiende cómo funcionan esos organismos, qué discuten ni por qué adoptan las decisiones. Ni siquiera muchos diputados de los parlamentos nacionales parecen captar qué está en juego en deliberaciones complejas, cuya información solo es manejada por elites políticas transnacionalizadas, o por expertos, únicos poseedores de las competencias necesarias para «resolver» los problemas europeos, norteamericanos o latinoamericanos, y aun para establecer el orden de las agendas.

Integración de ciudadanos o *lobby* empresarial

1. ¿Cómo reaccionan las sociedades latinoamericanas, que en los últimos 50 años mudaron la mayor parte de su población del campo a la ciudad, basándose en el desarrollo industrial sustitutivo y en espacios de intermediación modernos, al afrontar este súbito reordenamiento que en una o dos décadas desmonta esa historia de medio siglo? Se desindustrializan los países, las instancias democráticas nacionales se debilitan, se acentúa la dependencia económica y cultural respecto de los centros globalizadores. Pero a la vez las integraciones económicas y los convenios de libre comercio regionales generan signos de esperanza. Después de la fatigada historia de promesas sobre «la Patria Grande» y los fracasos de tantas conferencias intergubernamentales, encuentros de presidentes, ministros de economía y cultura, la rapidez con que están avanzando el Tlcan, Mercosur y demás convenios regionales estimula expectativas.

A principios de la década de los 90 pudo pensarse que los Estados latinoamericanos estaban reordenando con rapidez sus economías nacionales para atraer inversiones y volverlas más competitivas en el mercado global. Pero desde la crisis mexicana de 1994 hasta la ocurrida en 1998 y 1999 en Brasil, con efectos desestabilizadores que resuenan en toda la región, y aun en las metrópolis, queda a la vista la baja confiabilidad y el escaso poder de los gobiernos. Los acuerdos de integración intergubernamentales se muestran como

apoyos a la convergencia monopólica de los sectores empresariales y financieros más concentrados. Las evaluaciones académicas de nuestras frágiles aptitudes para construir, mediante integraciones continentales, instancias que fortalezcan a las sociedades y culturas latinoamericanas (Recondo; Roncagliolo), no permiten ser optimistas. Tampoco los datos de estudios recientes que registran la suspicacia de trabajadores y consumidores cuando escuchan a los empresarios y gobernantes anunciar la nueva vía para modernizarse con la doble fórmula de «globalización e integración regional». Se observa un desencuentro entre lo que las elites económicas o políticas predicen y lo que opinan las sociedades.

En abril de 1998 se desarrolló en Santiago de Chile la II Cumbre de las Américas, en la cual Estados Unidos –en alianza con varios gobiernos latinoamericanos– impulsó la creación de un Área de Libre Comercio de las Américas con el objeto de ir liberalizando los intercambios. Se proponía integrar para el año 2005 las economías nacionales de la región, con el fin de favorecer las importaciones y exportaciones, y mejorar la posición del continente en las disputas globales. Sin embargo, previamente, una gigantesca encuesta realizada en noviembre y diciembre de 1997 en 17 países del área por la Corporación Latinobarómetro, aplicando 17.500 entrevistas, reveló que los ciudadanos no compartían ese optimismo. Los resultados de esta indagación, entregados a los gobernantes en la Cumbre de Santiago, indicaban que apenas un 23% creía que su país estaba progresando, y en casi todas las naciones esa apreciación empeoró respecto de 1996. Las instituciones que los mismos encuestados consideraban con más poder (Gobierno, grandes empresas, militares, bancos y partidos políticos) resultaron aquellas en las que menos se confiaba. Las crisis de gobernabilidad, las devaluaciones, junto al aumento del desempleo y la pobreza, fueron algunos de los hechos que conducían a un número creciente a dudar de la democracia y pedir mano dura: el porcentaje era menor en los países que salieron hace pocos años de dictaduras militares (Argentina, Chile, Brasil), pero subía significativamente en otros, entre ellos Paraguay y México, con procesos de democratización incipiente. De 1996 a 1997, los paraguayos partidarios de una solución «autoritaria» pasaron del 26 al 42%, y los mexicanos del 23 al 31%. Salvo Costa Rica y Uruguay, donde la credibilidad en el sistema político sigue siendo alta, en el resto de América Latina un 65% se mostraba «poco o nada satisfecho» con el desempeño de la democracia (Moreno, p. 4). Como indica la misma encuesta, el aumento del autoritarismo en la cultura política va asociado a la convicción de los ciudadanos de que sus gobiernos cada vez disponen de menos poder. En igual periodo el porcentaje de quienes creían que el Gobierno era el actor más poderoso descendió del 60 al 48%. Aumentaron, en cambio, quienes sostuvieron que las decisiones para decidir el futuro son adoptadas cada vez más por las empresas transnacionales, con un aumento de la participación militar.

Al ver que el alejamiento político y las acentuadas desigualdades no solo engendran descreimiento, sino turbulencias en las cúpulas financieras y en

las economías, alto abstencionismo electoral y estallidos erráticos de las bases sociales, hay que preguntarse si este modo injusto de globalizar es gobernable. O simplemente, si la globalización, hecha así, tiene futuro. ¿Qué consenso puede mantenerse a largo plazo cuando, según el Informe sobre Desarrollo Humano en Chile –donde supuestamente la apertura económica habría sido más exitosa–, las expectativas son que aumenten la inseguridad por la delincuencia, las crisis de sociabilidad y la inestabilidad económica. O, como señala esa encuesta, también por «el temor a sobrar»? (PNUD, pp. 115-126). En una interpretación de este Informe, Norbert Lechner observa que el crecimiento económico del 7% anual y otras buenas cuentas macrosociales van acompañadas por un difuso malestar que se manifiesta como miedo al otro, a la exclusión y al sin sentido. Las estadísticas afirman que la modernización y la apertura del país amplió el acceso a empleos y educación, y mejoró los indicadores de salud. «Sin embargo, la gente desconfía ... del futuro.» La globalización es «vívida como una invasión extraterrestre» (pp. 187 y 192).

¿Qué se puede esperar de este debilitamiento de los Estados nacionales, de la impotencia ciudadana y de la recomposición globalizada del poder y de la riqueza?; ¿qué implica este proceso en la cultura, y sobre todo en su zona más dinámica e influyente: las comunicaciones? La globalización, que exacerba la competencia internacional y desestructura la producción cultural endógena, favorece la expansión de industrias culturales con capacidad a la vez de homogeneizar y atender en forma articulada las diversidades sectoriales y regionales. Destruye o debilita a los productores poco eficientes, concede a las culturas periféricas la posibilidad de encapsularse en sus tradiciones locales, y en unos pocos casos exportarlas estilizándolas folclóricamente y asociándose con las transnacionales de la comunicación. La concentración en EEUU, Europa y Japón de la investigación científica, y de las innovaciones en información y entretenimiento, acentúan la distancia entre esas metrópolis y la producción raquílica y desactualizada de las naciones periféricas. Aun respecto de Europa, América Latina agrava su desventaja, que se aprecia en relación con el desarrollo demográfico: nuestro continente ocupa el 0,8% de las exportaciones mundiales de bienes culturales teniendo el 9% de la población del planeta, en tanto que la UE, con el 7% de la población mundial, exporta el 37,5% e importa 43,6% de todos los bienes culturales comercializados (Garretón).

2. ¿Tiene mayor consenso ciudadano la integración supranacional en las metrópolis? Los estudios sobre la Comunidad Europea muestran dificultades para construir una esfera pública, con deliberaciones democráticas, debido a que en los acuerdos y organismos supranacionales –más aún en los de cada país– la negociación prevalece sobre los mandatos de los representantes, los compromisos entre grupos empresariales sobre los intereses públicos mayoritarios, y el cabildeo sobre las instancias de gobierno regional o continental. ¿En qué se convierte la política, pregunta Marc Abèlés, cuando en Bruselas, alrededor de los organismos comunitarios, florecen más de 10.000 consultores, abogados y expertos, a veces representando a grupos territoria-

les, en otros casos como técnicos agrícolas, financieros o jurídicos dispuestos a vender sus servicios a embajadores, ministros, sindicatos, periodistas, empresarios, e incluso a varios a la vez? «La política se identifica cada vez más con una práctica de *lobby*» (p. 102). En la UE se ha intentado reducir la opacidad de los acuerdos supranacionales y acercarlos a la comprensión ciudadana. Al establecer, junto a los arreglos comerciales, programas educativos y culturales que abarcan a los 15 países miembros se busca integrar a las sociedades. La formación de «un espacio audiovisual europeo» ha sido sustentada con marcos normativos comunes y programas como Media, Euroimages y Eureka, que favorecen las coproducciones de las industrias culturales en esa región y su circulación en los países que la componen, o sea mucho más que la defensa retórica de la identidad. En la misma línea, los ciudadanos de los 15 países comparten un pasaporte europeo, se crearon una bandera y un himno de Europa, se fijaron énfasis anuales compartidos (el año europeo del cine, de la seguridad en los caminos) y se efectúan estudios periódicos para identificar una «opinión pública europea» (De Moragas). La instalación del euro como moneda única a partir de 1999, proceso que culminará en el 2002 con la desaparición de las monedas nacionales, afianza la unificación económica y tiene fuertes consecuencias para la comunidad simbólica identitaria. Estos cambios son ampliamente difundidos y explicados con ilustraciones didácticas para todos los electores. Sin embargo, los periodistas conceden poco espacio a la mayoría de estos acontecimientos y confiesan su dificultad para traducirlos al lenguaje de los diarios. Analistas preocupados por la participación social se preguntan si la complejidad técnica de la europeización de la política «no es contradictoria con el ideal de una democracia fundada en la transparencia y en la capacidad de cada uno de acceder sin dificultad a lo que está en juego en el debate» (Abèlés, p. 110).

De estudios antropológicos y sociopolíticos sobre la integración europea surge que los programas destinados a construir proyectos comunes no son suficientes para superar la distancia entre la Europa de los mercaderes o de los gobernantes y la de los ciudadanos. Pese a que en ese continente se viene reconociendo el papel de la cultura y de la dimensión imaginaria en las integraciones supranacionales más que en otros acuerdos regionales, la formación de elementos de identificación compartida no bastan para que la mayoría interiorice esta nueva escala de lo social. Una explicación posible es que no logran mucho estos programas voluntaristas de integración si no se sabe qué hacer con la heterogeneidad, o sea con las diferencias y los conflictos que no son reductibles a una identidad homogénea. Muchos intelectuales y científicos sociales, por ejemplo quienes se reúnen en torno de la revista *Liber*, editada por Pierre Bourdieu en 10 lenguas europeas, señalan como clave explicativa del bajo consenso social el predominio de la integración monetaria, de «la Europa de los banqueros», sobre la integración social. Cuestionan la capacidad de crear lazos sociales a partir de una teoría globalizadora que no toma en cuenta en los cálculos económicos los costos sociales, los costos en enfermedades y sufrimientos, suicidios, alcoholismo y drogadicción. Aun en sentido estrictamente económico, es una política errada, «no necesariamente

económica», que no considera los costos de sus acciones en «inseguridad de las personas y de los bienes, por tanto en policía», que tiene una definición abstracta y estrecha de eficiencia –la rentabilidad financiera de los inversores– y que descuida la atención de los clientes y usuarios (Bourdieu, pp. 45-46). Las 11 lenguas que se hablan en el Parlamento Europeo corresponden a diferencias culturales que no se disuelven con los acuerdos económicos de integración. Algo semejante ocurre con la diversidad de idiomas y los antagonismos culturales y políticos entre estadounidenses y latinoamericanos (protestantes vs. católicos, blancos vs. «hispanicos» e indios). Asimismo, con las marcadas diferencias entre latinoamericanos que se hacen presentes en las negociaciones económicas y se vuelven más rotundas en cuanto se quieren aplicar las decisiones tomadas por las cúpulas de gobernantes y expertos. Los pocos estudios etnográficos y comunicacionales realizados hasta ahora sobre procesos de libre comercio e integración muestran cuántos intereses económicos, étnicos, políticos y culturales se cruzan al construir esferas públicas supranacionales: demasiado a menudo los intentos de construir ágoras desembocan en torres de Babel.

Cuando David no sabe dónde está Goliat

Un obstáculo clave para que los ciudadanos podamos creer en los proyectos de integración supranacional son los efectos negativos que tienen tales transformaciones en las sociedades nacionales y locales. Es difícil obtener consenso popular para cambios en las relaciones de producción, intercambio y consumo que suelen desvalorizar los vínculos de las personas con su territorio nativo, suprimir puestos de trabajo y rebajar los precios de lo que se sigue produciendo en el propio lugar. El imaginario de un futuro *económico* próspero, que pueden suscitar los procesos de globalización e integración regional, es demasiado frágil si no toma en cuenta la unidad o diversidad de lenguas, comportamientos y bienes *culturales* que dan significado a la continuidad de las relaciones sociales.

Pero los procesos de integración más avanzados en la actualidad se realizan entre países que no cuentan con estas coincidencias culturales. Si esto es así por la distancia que un obrero español, francés o griego siente respecto de Bruselas, o los chilenos, argentinos o mexicanos en relación con lo que se decide en Brasilia o Cartagena, aún mayor es la impotencia cuando el referente de poder es una trasnacional que fabrica cada coche o cada televisor en cuatro países, los ensambla en otro y tiene sus oficinas de dirección en dos o tres más. Es equivalente, a veces, la distancia que experimentamos con los mensajes que nos trae el televisor, el cine o los discos, desde lugares no identificables. La pregunta que surge es si, antes esos poderes anónimos y deslocalizados, puede haber sujetos en la producción y en el consumo. Los trabajos se hacen cada vez más para otros, ni siquiera para patrones o jefes identificables, sino para empresas trasnacionales, fantasmáticas sociedades anónimas que dictan desde lugares desconocidos reglas indiscutibles e inapelables.

Cada vez está más limitado lo que los sindicatos pueden negociar, y a eso las empresas sin rostro, con marca pero sin nombre, le llaman «flexibilizar el trabajo». En verdad, lo que se vuelve –más que flexible– inestable es la condición laboral; el trabajo es rígido porque es inseguro, hay que cumplir estrictamente los horarios, los rituales de sometimiento, la adhesión a un orden ajeno, que el trabajador acaba interiorizando para no quedarse sin salario. Recuerdo, entre muchos ejemplos recogidos en la literatura sobre globalización, este que cita Ulrich Beck: «Son las 21:10; en el aeropuerto berlinés de Tegel una rutinaria y amable voz comunica a los fatigados pasajeros que pueden finalmente embarcarse con destino a Hamburgo. La voz pertenece a Angelika B., que está sentada ante su tablero electrónico de California. Después de las 16:00, hora local, la megafonía del aeropuerto berlinés es operada desde California, por unos motivos tan sencillos como inteligentes. En primer lugar, allí no hay que pagar ningún suplemento por servicios en horas extracomerciales; en segundo lugar, los costes salariales (adicionales) para la misma actividad son considerablemente mucho más bajos que en Alemania» (pp. 38-39). De modo análogo, los entretenimientos son producidos por otros lejanos, también sin nombre, como marcas de fábrica –CNN, Televisa, MTV–, cuyo título completo a menudo la mayoría desconoce. ¿En qué lugar se producen esos *thrillers*, telenovelas, noticieros y noches de entretenimiento?; ¿en Los Angeles, México, Buenos Aires, Nueva York o quizá en estudios disimulados en una bahía de EEUU?; ¿Sony no era japonesa?; ¿qué hace entonces transmitiendo desde Miami? Que los conductores del programa hablen español o inglés, un español argentino o mexicano, como hace MTV para sugerir identificación con países específicos, significa poco. A fin de cuentas, es más verosímil, más coincidente con esta desterritorialización y esa lejanía imprecisa, cuando se nos habla el inglés deslocalizado de CNN, en el español desteñido de los lectores de noticias de Televisa o de las series dobladas.

En la época del imperialismo se podía experimentar el síndrome de David frente a Goliat, pero se sabía que el Goliat político estaba en parte en la capital del propio país y en parte en Washington o en Londres, el Goliat comunicacional en Hollywood, y así con los otros. Hoy cada uno se disemina en 30 escenarios, con ágil ductilidad para deslizarse de un país a otro, de una cultura a muchas, entre las redes de un mercado polimorfo. Pocas veces podemos imaginar un lugar preciso desde el cual nos hablan. Eso condiciona la sensación de que es difícil modificar algo, que en vez de ese programa de televisión o de ese régimen político podría haber otro. Algunos espectadores intervendrán, en esos simulacros de participación en radios y en las televisoras que son el teléfono abierto o la asistencia a los estudios, o serán entrevistados para una encuesta de *rating*. Esos acercamientos excepcionales al poder, la sensación de ser consultado, no modifican para la mayoría, como se ve por ejemplo en las investigaciones recientes de Angela Giglia y Rosalía Winocur, la percepción de que los medios hablan desde posiciones inabordables. Sus diseños y sus decisiones se hacen en no-lugares inaccesibles, por estructuras organizacionales y no por personas.

En otro tiempo, algunos pensábamos que los estudios sobre hábitos de consumo podrían contribuir a conocer lo que efectivamente quieren los receptores. Aún estas indagaciones pueden servir para democratizar las políticas culturales en ciudades, radios o centros culturales independientes, en la esfera de lo micropúblico. Pero la mayor parte de las encuestas de audiencia no busca conocer los hábitos de consumo, sino confirmar o desmentir las preferencias puntuales, ese día y en ese horario. No estudian necesidades de receptores particulares, sino «públicos» o «audiencias» en varios países a la vez. No importa saber algo de su vida cotidiana, de sus gustos desatendidos, sino cómo hacerlos sintonizar con lo que se programa en escritorios y estudios de grabación ignotos y estandarizados. Una discusión de fondo sobre el tipo de sociedad al que nos llevan las comunicaciones masivas no puede basarse en estadísticas de *rating*. Necesitamos estudiar el consumo como manifestación de sujetos, donde se favorece su emergencia y su interpelación, se propicia o se obstruye su interacción con otros sujetos. Quizá la fascinación de las telenovelas, del cine melodramático o heroico, y de los noticieros de información que convierten los acontecimientos estructurales en dramas personales o familiares, se asiente no solo en su espectacularidad morbosa, como suele decirse, sino en que mantienen la ilusión de que hay sujetos que importan, que sufren o realizan actos extraordinarios. Pero la reestructuración reciente de las relaciones de poder, tanto en el trabajo como en el entretenimiento, está reduciendo cada vez más esta posibilidad de ser sujetos a una ficción mediática. Es sabido que esto no ocurre del mismo modo en todos los sectores sociales. Sin negarlo, quiero proponer que estudiemos por qué tanto los actores —populares como los hegemónicos— están siendo inmovilizados por lo que podríamos llamar la atrofia de la acción conflictiva y de la deliberación democrática.

Ningún siglo tuvo tantos investigadores de economía e historia, antropología de todas las épocas y sociedades, así como congresos, bibliotecas, revistas y redes informáticas para conectar esos saberes, para poner en relación lo que sucede en otros lugares de entretenimiento y trabajo del mundo. ¿Qué se puede cambiar, o al menos controlar, gracias a esta proliferación multidireccional de informaciones?; ¿a dónde nos conducen la expansión de las empresas transnacionales, de los mercados y pensamientos únicos, y, del otro lado, la proliferación de las disidencias y sus movimientos sociales, las solidaridades heterodoxas de las ONGs y sus imaginarios alternativos?; ¿pueden ser en verdad alternativos?; ¿por qué tantas veces acaban subordinados al orden totalizador? Al final del siglo más productivo en innovaciones políticas, tecnológicas y artísticas todo parece institucionalizarse bajo reglas de una reproducción a corto plazo, desvalida de proyectos, consagrada a la especulación económica o la acumulación de poderes inestables.

Tal vez podemos explicar este achicamiento del horizonte social saliendo de la oposición frecuente entre lo global y lo local. Hay que reelaborar entonces, de un modo más complejo, las articulaciones entre lo concreto y lo abstracto,

lo inmediato y lo intercultural. ¿Cómo denominar estos cambios en las maneras de hacer cultura, comunicarnos con los diferentes o que imaginamos semejantes, cómo concebir la redistribución que en este tiempo globalizado está ocurriendo entre lo propio y lo ajeno? Como una primera vía para organizar esta diversidad de situaciones, y repensar la impotencia que induce la lejanía o la abstracción de los vínculos, propongo tomar en cuenta el esquema con que Craig Calhoun, y luego Ulf Hannerz, reformulan la antigua oposición entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, entre comunidad y sociedad. La globalización ha complejizado la distinción entre *relaciones primarias*, donde se establecen vínculos directos entre personas, y *relaciones secundarias*, que ocurren entre funciones o papeles desempeñados en la vida social. El carácter indirecto de muchos intercambios actuales lleva a identificar *relaciones terciarias*, mediadas por tecnologías y grandes organizaciones: escribimos a una institución o llamamos a una oficina y obtenemos respuestas despersonalizadas, del mismo modo que cuando escuchamos a un político o recibimos información sobre bienes de consumo en radio o televisión. Me interesa, sobre todo, el último tipo diferenciado por Calhoun, las *relaciones cuaternarias*, en las que una de las partes no es consciente de la existencia de la relación: acciones de vigilancia, espionaje telefónico, archivos de información que saben mucho de los individuos al reunir datos censales, de tarjetas de crédito y otros tipos de información. A veces se busca «analizar» estas interacciones y se nos trata como «clientelas imaginadas», por ejemplo cuando nos envía propaganda basura una empresa que no sabemos cómo consiguió nuestra dirección y procura ocultar su intromisión en la privacidad imitando el lenguaje de las relaciones primarias: «Querido Néstor: teniendo en cuenta la frecuencia con la que viajas, tu estilo de vida y el de tu familia, hemos decidido proponerte...». Los datos acumulados con cada uso de la tarjeta de crédito constituyen un superpanóptico, pero con la peculiaridad de que «al proporcionar datos para su almacenamiento, el vigilado se convierte en un factor importante y complaciente de la vigilancia» (Baumann, p. 68).

¿Qué podemos hacer con este mundo en que pocos observan a muchos?; ¿es posible organizar de otro modo los vínculos mediatizados, sus astucias de simulación para personalizarlos, despegarnos de sus procedimientos de selección y segregación, de exclusión y vigilancia, en breve, reconvertirnos en sujetos del trabajo y el consumo? Una reacción posible es evocar con nostalgia la época en que la política se presentaba como el combate militante entre concepciones del mundo entendidas como antagónicas. Otra es replegarse en unidades territoriales, étnicas o religiosas con la esperanza de que se acorte la distancia entre quienes toman las decisiones y quienes reciben sus efectos: escaparse por la tangente. Comparto la hipótesis de que ambas posturas pueden desarrollar tareas productivas para mejorar la calidad de la política (en el primer caso) y para mejorar la convivencia en ámbitos restringidos (en el segundo). Pero la viabilidad de esos intentos depende de que trasciendan su carácter reactivo y elaboren proyectos que interactúen con las nuevas condiciones fijadas por la globalización. Para decirlo rápido: no pienso que la opción central sea hoy defender la identidad o globalizarnos. El proceso glo-



© 1999 Emilio Agra/Nueva Sociedad

balizador no conduce principalmente a revisar cuestiones identitarias aisladas, sino a pensar con más realismo las oportunidades de saber qué podemos hacer y ser con los otros, cómo encarar la heterogeneidad, la diferencia y la desigualdad. Un mundo donde las certezas locales pierden su exclusividad, y pueden por eso ser menos mezquinas, donde los estereotipos con los que nos representábamos a los lejanos se descomponen en la medida en que nos cruzamos con ellos a menudo, presenta la ocasión (sin muchas garantías) de que la convivencia global sea menos incomprensiva, con menores malentendidos, que en los tiempos de la colonización y el imperialismo. Para ello es necesario que la globalización se haga cargo de los imaginarios con que trabaja y de la interculturalidad que moviliza.

Al desplazar el debate sobre la globalización de la cuestión de la identidad a los desencuentros entre políticas de integración supranacional y comportamientos ciudadanos, nos negamos a reducirlo a la oposición global/local. Buscamos situarlo en la recomposición general de lo abstracto y lo concreto en la vida contemporánea, y en la formación de nuevas mediaciones entre ambos extremos. Más que enfrentar identidades esencializadas a la globalización, se trata de indagar si es posible instituir sujetos en estructuras sociales ampliadas. Es cierto que la mayor parte de la producción y del consumo actuales son organizados en escenarios que no controlamos, y a menudo ni siquiera entendemos, pero la globalización también abre nuevas interconexiones entre culturas y circuitos que potencian las iniciativas sociales. La pregunta por los sujetos que puedan transformar la actual estructuración globalizada debe llevarnos a prestar atención a los nuevos espacios de *intermediación* cultural y sociopolítica. Además de las formas de mediación indicadas –organismos transnacionales, consultoras, oficinas financieras y sistemas de vigilancia– existen circuitos internacionales de agencias noticiosas, de galerías y museos, editoriales que actúan en varios continentes, ONGs que comunican movimientos locales distantes. Entre los organismos internacionales y los ciudadanos, las empresas y sus clientelas, hay instituciones flexibles que se manejan en varias lenguas, expertos formados en códigos de diferentes etnias y naciones, funcionarios, promotores culturales y activistas políticos entrenados para desempeñarse en diversos contextos. No se aprehende lo que está ocurriendo entre lo global y lo local cuando solo se examina a los Estados, partidos políticos y organismos internacionales. Junto con las polarizaciones persistentes entre centro y periferia, Norte y Sur, encontramos múltiples redes dedicadas a la «negociación de la diversidad». George Yúdice emplea esta expresión para describir cómo los curadores de exposiciones y las revistas de arte estadounidenses, diseñan los papeles del arte latinoamericano en EEUU, con más poder que los artistas y los organismos culturales de los países originarios, e influyen sobre la autopercepción de los artistas y sobre los públicos latinoamericanos y estadounidenses, aun en cuestiones que trascienden lo artístico. Daniel Mato muestra cómo la acción del Instituto Smithsonian ha reconceptualizado el significado de los pueblos indígenas de América Latina, las representaciones de etnicidad, género y las relaciones transculturales entre las Américas.

Modos de imaginar lo global

La globalización puede ser vista como un conjunto de estrategias desplegadas para realizar la hegemonía de macroempresas industriales, corporaciones financieras, *majors* del cine, la televisión, la música y la informática, a fin de apropiarse de los recursos naturales y culturales, del trabajo, el ocio y el dinero de los países pobres, subordinándolos a la explotación concentrada con que esos actores reordenaron el mundo en la segunda mitad del siglo xx. Pero la globalización es también el horizonte imaginado por sujetos colectivos e individuales, o sea por gobiernos y empresas de los países dependientes, por realizadores de cine y televisión, artistas e intelectuales, para rein-

sertar sus productos en mercados más amplios. Las políticas globalizadoras logran consenso, en parte, porque excitan la imaginación de millones de personas al prometer que los «dos más dos» que hasta ahora sumaban cuatro puedan extenderse hasta cinco o seis. Muchos relatos de lo que les ha sucedido a quienes supieron adaptar sus bienes, sus mensajes y sus operaciones financieras para reubicarse en un territorio expandido indican que el realismo de lo local, de quienes se conforman con sumar cifras nacionales, se habría vuelto una visión miope.

Vamos a tratar de distinguir en varios procesos culturales qué hay de real y cuánto de imaginario en esta ampliación del horizonte local y nacional. Habrá que diferenciar quiénes se benefician con el ensanchamiento de los mercados, quiénes pueden participar en él desde las economías y culturas periféricas, y cuántos quedan descolgados de los circuitos globales. Las nuevas fronteras de la desigualdad separan cada vez más a quienes son capaces de conectarse a redes supranacionales de quienes quedan arrinconados en sus reductos locales.

Si hablo de globalizaciones imaginadas no es solo porque la integración abarca a algunos países más que a otros. O porque beneficia a sectores minoritarios de esos países, y para la mayoría queda como fantasía. También porque el discurso globalizador recubre fusiones que en verdad suceden, como dije, entre pocas naciones. Lo que se anuncia como globalización está generando, en la mayoría de los casos, interrelaciones regionales, alianzas de empresarios, circuitos comunicacionales y consumidores de los países europeos o de América del Norte o de una zona asiática. No de todos con todos. Luego de décadas en que acuerdos de libre comercio muestran hasta dónde puede llegar la apertura de cada economía y cultura nacional, estamos en condiciones de diferenciar las narrativas globalizadoras de las acciones y políticas de alcance medio en que esos imaginarios se concretan. Un ejemplo: las cifras de ganancias del sector audiovisual dicen que los países iberoamericanos obtenemos el 5% de lo que se factura en el mercado mundial, pero también sabemos que si sumamos los habitantes latinoamericanos, los españoles y los hispanohablantes de EEUU somos más de 550 millones. Pensar en la globalización significa explicarnos por qué tenemos un porcentaje tan bajo en la facturación y, al mismo tiempo, imaginar cómo podríamos aprovechar el ser uno de los conjuntos lingüísticos con mayor nivel de alfabetización y de consumo cultural. No estoy identificando imaginario con falso. Así como se estableció que las construcciones imaginarias hacen posible la existencia de las sociedades locales y nacionales, también contribuyeron a la arquitectura de la globalización. Las sociedades se abren para la importación y exportación de bienes materiales que van de un país a otro, y también para que circulen mensajes coproducidos desde varios países, que expresan en lo simbólico procesos de cooperación e intercambio, por ejemplo músicas que fusionan tradiciones antes alejadas y películas filmadas con capitales, actores y escenarios multinacionales. Esta desterritorialización o transnacionalización libera a muchos bienes materiales y simbólicos de rígidas adscripciones na-

cionales (un coche Ford no expresa solo la cultura norteamericana, ni un film de Spielberg únicamente a Hollywood). Los convierte en emblemas de un imaginario supranacional. Aun lo que persista de la cultura brasileña o mexicana en una telenovela, de la francesa en un perfume, de la japonesa en un televisor, son integrados en relatos y prácticas que podemos ver multiplicados en 60 o 100 sociedades. La época globalizada es esta en que, además de relacionarnos efectivamente con muchas sociedades, podemos situar nuestra fantasía en múltiples escenarios a la vez. Así desplegamos, según Arjun Appadurai, «vidas imaginadas». Lo imaginado puede ser el campo de lo ilusorio, pero asimismo es el lugar, dice Etienne Balibar, donde «uno se cuenta historias, lo cual quiere decir que se tiene la potencia de inventar historias».

Con la expansión global de los imaginarios se han incorporado a nuestro horizonte culturas que sentíamos hasta hace pocas décadas ajenas a nuestra existencia. En Occidente, unos pocos comerciantes, artistas y religiosos, investigadores y aventureros se habían interesado hasta mediados del siglo xx por los modos de vida del lejano Oriente. Ahora la India, Japón, Hong Kong –los ejemplos podrían multiplicarse– se volvieron destinos turísticos, de inversiones y de viajes comerciales para millones de occidentales. Durante los años 80 y hasta la crisis de mediados de los 90, los tigres asiáticos funcionaron como modelos de desarrollo económico y suscitaban curiosidad en las élites del Tercer Mundo occidental por su manera de relacionar innovación industrial, culturas antiguas y hábitos de trabajo. Por no hablar de la expansión de religiones orientales en Europa, EEUU y América Latina, ni de otros intercambios que instalan en nuestra vida cotidiana –junto con artefactos japoneses o de Taiwán– resonancias culturales de esas sociedades.

Espectáculos de la globalización y melodramas de la interculturalidad

Una de las consecuencias que podemos extraer de esta aproximación diferencial combinada a materiales tan heterogéneos es la necesidad de ocuparnos a un mismo tiempo de la globalización y de la interculturalidad. Quienes hablan de cómo nuestro tiempo se globaliza narran procesos de intercambios fluidos y homogeneización, naciones que abren sus fronteras y pueblos que se comunican. Sus argumentos se apoyan en las cifras del incremento de transacciones y la rapidez o simultaneidad con que ahora se realizan: volumen y velocidad. Entretanto, los estudios sobre migraciones, transculturación y otras experiencias interculturales están llenos de relatos de desgarramientos y conflictos, fronteras que se renuevan y anhelos vanos de restaurar unidades nacionales, étnicas o familiares perdidas: intensidad y memoria. Por tanto, las tensiones entre globalización e interculturalidad pueden ser concebidas como una relación entre épica y melodrama. Las escisiones que hoy separan a las ciencias sociales ocurren, en gran medida, entre quienes buscan armar relatos épicos con los logros de la globalización (la economía, cierta parte de la sociología y la comunicación) y los que construyen narraciones melodramáticas con las fisuras, las violencias y los dolores de la interculturalidad (la antropología, el psicoanálisis, la estética). Cuando los

primeros admiten, en los márgenes de su relato, los dramas interculturales como si fueran resistencias a la globalización, aseguran en seguida que el avance de la historia y el paso de las generaciones las irá eliminando. Para los segundos, las tenaces diferencias y las incompatibilidades entre culturas mostrarían el carácter parcial de los procesos globalizadores, o su fracaso, o los nuevos desplazamientos que engendra su unificación apurada del mundo, poco atenta a lo que distingue y separa. En años recientes algunos narradores de la globalización y algunos defensores de las diferencias locales y subjetivas empiezan a escuchar a los otros: más allá de la preocupación por contar una épica o un drama interesa entender qué acontece cuando ambos movimientos coexisten.

La hipótesis es que las cifras de los censos migratorios, de la circulación planetaria de inversiones y las estadísticas del consumo adquieren más sentido cuando se cargan con las narrativas de la heterogeneidad. En las estructuras, reaparecen los sujetos. A la inversa, los relatos enunciados por actores locales dicen más si nos preguntamos cómo hablan, a través de los dramas particulares, los grandes movimientos de la globalización y los discursos colectivos que establecen las reglas actuales de la producción y las modas del consumo. No es fácil juntar ambas perspectivas en esta época en que cada vez se cree menos en la capacidad explicativa de un paradigma. Pero al mismo tiempo es imposible entender convivencias tan intensas y frecuentes como exige nuestro mundo si compartimentamos a las sociedades, como lo hizo el relativismo cultural que imaginaba a cada cultura separada y autosuficiente. ¿Qué relatos –ni simplemente épicos, ni melodramáticos– pueden dar cuenta de las recomposiciones que se van produciendo entre lo local y lo global? Las narrativas solo económicas o solo antropológicas de la globalización dan versiones sesgadas, en las que se amputa un aspecto del proceso. Necesitamos preguntarnos cómo son compatibles estas distintas narraciones y aspirar a descripciones densas que articulen las estructuras más o menos objetivas y los niveles de significación más o menos subjetivos. Hay que elaborar construcciones lógicamente consistentes, que puedan contrastarse con las maneras en que lo global se estaciona en cada cultura y los modos en que lo local se reestructura para sobrevivir, y quizá obtener algunas ventajas, en los intercambios que se globalizan.

Por más que se quiera circunscribir las investigaciones a un barrio o a una ciudad, o a los extranjeros radicados en un país particular, llega un momento en que –si uno trabaja en Occidente– tiene que hacerse preguntas sobre cómo están cambiando las estructuras globalizantes y los procesos de integración supranacional. Por ejemplo, las relaciones entre Europa, América Latina y EEUU. Es posible responder que un universo tan extendido es inabarcable y dejar la cuestión. Pero las interrogantes siguen ahí, condicionan lo que uno está estudiando, y aun cuando decida no hacer generalizaciones sobre el desarrollo de Occidente, los viejos supuestos de la filosofía y la epistemología occidentales permanecen como hipótesis. Lo malo es que esas hipótesis corresponden a una etapa preglobal, cuando las naciones eran unidades en

apariencia más cohesionadas, que parecían contener la mayoría de las relaciones interculturales. O sea cuando era posible distinguir con nitidez lo local y lo universal. No conozco mejor manera de encarar estos riesgos que trabajando con cifras y otros datos duros, macrosociales, donde se aprecian las grandes tendencias de la globalización, y, a la vez, con descripciones socioculturales que captan procesos específicos, tanto en su estructura objetiva como en los imaginarios que expresan el modo en que sujetos individuales y colectivos representan su lugar y sus posibilidades de acción en dichos procesos. Se trata de reunir lo que tantas veces fue escindido en las ciencias sociales: explicación y comprensión. O sea, articular las observaciones telescópicas de las estructuras sociales y las miradas que hablan de la intimidad de las relaciones entre culturas. Me parece que en esta tarea está un recurso clave para que el futuro de la globalización la decidan ciudadanos multiculturales.

Bibliografía

- Abèlès, Marc: *En attente d'Europe*, Hachette, París, 1996.
- Appadurai, Arjun: *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis/Londres, 1996.
- Baumann, Zygmunt: *La globalización: consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Beck, Ulrich: *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Bourdieu, Pierre: *Contre-feux*, Raisons d'Agir, París, 1998.
- Calhoun, Craig: «Indirect Relationships and Imagined Communities: Large-scale Social Integrations and the Transformation of Everyday Life» en Pierre Bourdieu y J.S. Coleman (eds.): *Social Theory for a Changing Society*, Westview Press/Russell Sage Foundation, Boulder, 1991.
- De Moragas, Miguel: «Políticas culturales en Europa: entre políticas de comunicación y el desarrollo tecnológico» en Néstor García Canclini (coord.): *Culturas en globalización*, Nueva Sociedad-CNCA-Clasco, Caracas, 1996.
- Garretón, Manuel Antonio: «Políticas, financiamiento e industrias culturales en América Latina y el Caribe», documento de la III Reunión de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la Unesco, San José de Costa Rica, 22-26/2/1994.
- Giglia, Angela y Rosalía Winocur: «La participación en la radio: entre inquietudes ciudadanas y estrategias mediáticas» en *Perfiles Latinoamericanos* N° 9, México, 1996, pp. 73-84.
- Hannerz, Ulf: *Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares*, Cátedra, Madrid, 1996.
- Lechner, Norbert: «Nuestros miedos» en *Perfiles Latinoamericanos* N° 13, 12/1998, México.
- Mato, Daniel: «The Transnational Making of Representations of Gender, Ethnicity and Culture: Indigenous Peoples' Organizations at the Smithsonian Institution's Festival» en *Cultural Studies* 12 (2), Routledge, 1998.
- Moreno, Javier: «Los latinoamericanos temen que su crisis sea eterna» en *El País*, 18/4/98.
- PNUD: *Desarrollo humano en Chile 1998*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Santiago, 1998.
- Recondo, Gregorio (comp.): *La dimensión cultural de la integración*, Ciccus, Buenos Aires, 1997.
- Roncagliolo, Rafael: «La integración audiovisual en América Latina: Estados, empresas y productores independientes» en Néstor García Canclini (coord.): *Culturas en globalización*, cit.
- Yúdice, George: «El impacto cultural del Tratado de Libre Comercio norteamericano» en Néstor García Canclini (coord.): *Culturas en globalización*, cit.